

MI GESTION DIPLOMATICA EN MEXICO

POR. M. MÁRQUEZ STERLING

(Notas y apuntes para la Historia)

El señor don Manuel Márquez Sterling, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República de Cuba en México en el último mes del gobierno de don Francisco Madero, escribió una reseña de los acontecimientos por él presenciados.

Las palabras de este distinguido diplomático, son de inestimable valor histórico, porque este caballero, en su calidad de miembro del cuerpo Diplomático, pudo asistir a culminantes y secretos actos de la tragedia de Febrero.

Tomamos del relato, la parte principal, creyendo que el resto es de un valor histórico menor, aunque sin carecer de interés.

El llamado pacto de la Ciudadela no fué librado, como se ha dicho, en el edificio del Ministerio de Gobernación en la Avenida Bucareli, sino en la Embajada Americana.

—El ministro Lascuráin debía haber presentado la renuncia de Madero después de haber salido de esta Capital.

«Representaba yo en México, el 9 de febrero de 1913, a mi patria, enaltecido por las funciones de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República de Cuba. La revolución encabezada por los generales Bernardo Reyes y Félix Díaz estalló al mes cabal de haber presentado a don Francisco I. Madero, en cordialísima ceremonia, las cartas credenciales de estilo; y conviene advertir que antes de aquella fecha jamás había tenido relación alguna oficial ni particular, con el Apóstol de la democracia mexicana, pocos días después de conocerle y muchos, muchísimos después de admirarle, sacrificado a las cóleras de la vieja y extinguida dictadura dispuesta a retoñar en frenética tiranía. Todo cuanto paso a referir es rigurosamente cierto, copia fiel de impresiones y recuerdos imborrables. Sólo callo, retoco, tacho y guardo en la mente, aquello que, a juicio del diplomático, por prudencia o por no encender pasiones o por no comprometer a los actores, deba ignorar, al menos por ahora, el historiador de estos fragmentos.

I

El país entre las garras del lobo. Huerta traiciona a su Gobierno. El embajador americano reúne al Cuerpo Diplomático. El pacto de la Embajada. Huerta y Félix Díaz se abrazaron.

¡Lección terrible la de México! Un año hace que fué depuesto el presidente Madero; y la guerra civil encharca todavía el suelo de la noble patria de Juárez. ¿Acaso en alguna tierra dieron paz la injusticia y felicidad y progreso el crimen? El general Félix Díaz, jefe de un partido político, sublevó a una parte del ejército en contra del gobierno de sus adversarios; y trabóse enconada la pelea. Al país le era necesario el triunfo del gobierno. El orden, por serlo, debe imponerse al desorden. Perderían los malcontentos el gusto a la revuelta; y donde vemos tragedia, veríamos trabajo; y en vez de escuchar gemidos de dolor, escucharíamos el himno de la dicha. Las revoluciones que no persiguen otra cosa que quitar y poner gobiernos, embrutecen a los pueblos y los conducen a la ruina moral y material. La revolución encabezada por el general Félix Díaz, nadie sabe qué respondiera a mejor programa ni a mejores fines. En buena lógica, y desde el punto de vista de los principios, no corresponde llamarle revolución. Y como no era una revolución, jamás estuvo ni pudo estar cerca de la victoria. Encerrado en la Ciudadela, y bombardeando la ciudad, Félix Díaz estaba condenado a perecer. Cuestión de tiempo o de habilidad militar. Por el hambre o por la fuerza, sería al fin cazado en su propia ratonera. Cuando su hazaña tocaba al desenlace, apareció el lobo, que se hizo, con astucia, dueño y señor del bosque. Félix Díaz pudo escapar de la ratonera. Pero el país quedó entre las garras del lobo.



Edificio de la 6ª Demarcación destruido por la metralla.

Nunca olvidaré mis impresiones de aquellos tristes días, de aquellas horas dramáticas. Toda la esperanza del gobierno se cifraba en los arrestos del general Blanquet, en la táctica del coronel Rubio Navarrete, en los cañones del brigadier Angeles. Y la mañana del crimen el ministro de relaciones exteriores, ignorante del horrible delito fraguado, me aseguró que la embestida a la Ciudadela sería definitiva para la tarde. Y por la tarde, precisamente, me avisaron que la embestida de Blanquet no había sido contra Félix Díaz sino contra Madero. ¡Estupor me causó la noticia! «¡Cómo! ¿Blanquet? ¡Oh, no es posible! ¡Si Blanquet es el brazo de hierro del gobierno, la mano inexorable que dará el último golpe a la «montonera,» como dicen en la Argentina!» Minutos después, el embajador de los Estados Unidos citaba a reunión al cuerpo diplomático. Estas reuniones, en general, resultan estériles; porque es difícil poner de acuerdo los intereses diversos que representan los ministros. Unos hablan mucho menos de lo que pueden. Otros hablan mucho más de lo que deben. Algunos callan. No se pronuncian discursos. La elocuencia del diplomático es el monosílabo. El ministro inglés ocupaba su puesto y fingía dormir. Era el más alerta de todos; aunque no el más acertado. La discreción es la cualidad fundamental del diplomático. Por eso es, comunmente, la cualidad de que carece. Los hay que son indiscretos con la palabra y con el silencio. Los hay también que son indiscretos con el gesto y con la mirada. Reunidos, ofrecen un curioso espectáculo. Se miran, entre sí, con cierto desdén ceremonioso. Y cuando uno de ellos habla, los demás dicen que nó con la cabeza. Si les pica la cólera, abandonan el francés y rabian en su idioma: la torre de Babel. Este refunfuña en ruso, aquél gruñe en alemán, el otro se queja en italiano. Y el embajador, con su carácter de respetable y dignísimo decano, solicita que le pongan atención. Es de los que hablan lo que deben callar y callan lo que deben hablar. Es el hombre más indiscreto inconcebible. Más indiscreto de tarde que de mañana. Y más todavía de noche que de tarde. El general Huerta le ha comunicado en una breve nota lo que sigue: 1º que tiene preso, por patriotismo, al presidente de la república y a sus ministros; 2º que le ruega lo participe así al Cuerpo Diplomático; 3º que también le ruega que lo haga saber a Mr. Taft, y 4º que si ello es abuso, informe de su aventura a los «rebeldes.»

UN MINISTRO:—¿A qué rebeldes? El es un rebelde....

OTRO MINISTRO:—¿Quiénes son ahora rebeldes?

EL EMBAJADOR:—Esta es la salvación de México. En lo adelante habrá paz, progreso y riqueza. La prisión de Madero la sabía yo desde hace tres días. Debió ocurrir hoy de madrugada.

No cabía de gozo y se le escapaban las confidencias. Presentó la lista de los afortunados que integrarían el gabinete del general Huerta.

Y no se equivocó en un solo nombre. Sin embargo, Huerta no era todavía presidente provisional.

UN MINISTRO:—¿Ya usted avisó a Félix Díaz?

EL EMBAJADOR:—¡Mucho antes de que Huerta me lo pidiese!

Concluyó la «sesión» y me retiré después de haber militado entre los diplomáticos del silencio. A las diez de la noche, la suerte me llevó de nuevo a la embajada. El portero, ebrio, me condujo a un corredor interior, donde otros dos ministros conversaban.

—¿Viene usted en busca de noticias?—preguntó uno.

—¿Y usted?

—Pues... vengo también a «eso.»

Del fondo del corredor surgió Rodolfo Reyes. El traje demostraba su «procedencia.» En vez de cuello, una «mascada» envolvía su garganta. Y se acercó a estrechar nuestra mano amiga:

—Quise ir en busca de asilo a la legación «de usted,» me dijo, y no pude. Luego, el día del armisticio me fué más fácil reunirme con Félix en la Ciudadela.

Señalando a una puerta cerrada, allá en el principio del corredor, añadió: «Allí estamos» y dirigiéndose hacia ella, desapareció como los actores entre las bambalinas de los teatros. Transcurridos algunos instantes, el embajador vino a saludarnos.

—Queridos ministros—exclamó—ya todo está arreglado. Ahora, pasarán ustedes «allá dentro.»....

UN MINISTRO:—¿Y qué suerte correrá el «pobre» Madero?

EL EMBAJADOR.—Oh, al señor Madero le llevarán a un manicomio, que es donde siempre debieron tenerle.....

Creí que se trataba de una broma. Después, el embajador abogó por ese «fallo» sin nombre y sin precedentes.

De nuevo solos reanudamos los tres ministros nuestra charla, esta vez, con un personaje, el senador Obregón, que no sabemos de dónde salió. De las cortinas, de las ventanas, de los tapices todos, brotaban personajes como espectros. Parecía un sueño de hadas. Alguna varita mágica convertía en seres vivos los adornos de la embajada.

Al fin, nos invitaron a pasar al salón donde había entrado, poco antes, Rodolfo Reyes. Y se abrió la puerta que era como una «trampa» encantada. Al volver la vista, mis ojos encontraron a Félix Díaz. Estaba de pie en el ángulo izquierdo de la pequeña sala donde celebraba sus reuniones y consejos el tremendo embajador.

—¿Ese es el general Díaz?—me preguntó un colega.

—No lo conozco—respondí—pero, desde luego, es él, porque tiene rasgos fisonómicos de su tío don Porfirio.

Su aspecto era el de un hombre atribulado por las preocupaciones

y por el cansancio de la brega. Vestía de paisano. Y le rodeaban algunas personas a quienes tampoco los ministros conocíamos. Entramos. Y el embajador nos presentó amablemente:

—Los ministros de Chile, Brasil y Cuba—dijo mientras avanzábamos.—El general Díaz, el general Victoriano Huerta.....—añadió.

El general Díaz nos dió la mano con frialdad. Su mirada triste, aunque hiciera por levantarla, se le caía sobre la alfombra. Revelaba ansiedad íntima, desconfianza, incertidumbre, presentimiento. A su derecha Huerta, en traje de campaña, asumía la actitud del fuerte y su chaquetón militar ocupaba ancho espacio. Oprimió la mano de cada ministro y a través de sus antiparras azules, pudimos ver las llamaradas de sus ojos.

Formamos en torno de la mesa de centro, donde Rodolfo Reyes comenzó a leer el acta de lo allí convenido. Al llegar al artículo en que se mencionaban los nombres del nuevo gabinete dijo «Reservado» y lo pasó por alto.

—Reservado..... y lo sabíamos nosotros antes que él—me dijo al oído un ministro.

Concluída la lectura, desfilaron los héroes. Huerta, rompió la marcha y se despidió, uno por uno, de los presentes. Al llegar a Félix Díaz, se detuvo. Ambos se miraron fijamente. Se hubieran devorado; y se abrazaron. Y todos, menos los ministros, aplaudieron. El embajador exclamó:

—Muy bien, muy bien...

Uno de los acompañantes del general Díaz, el diputado Fidencio Hernández, a quien no ha mucho paseara preso por la bahía de la Habana la «Zaragoza», nos pidió excusas por la brutalidad de la jornada, ese día concluída:

—Oh, perdónenos usted, pero no pudo ser de otro modo.

Y Félix Díaz, entre tanto, desapareció por el corredor. Se lo llevaba Mr. Wilson.

Cuando nos marchamos, el embajador, en la puerta de la calle nos dijo riendo:

—¡Viva Félix Díaz, el ídolo de los extranjeros!

Nosotros le contestamos:

—Como usted guste, embajador.

Sólo Henry Lane Wilson imaginaba que Félix Díaz había triunfado.....

II

El 19 de febrero. La muerte de Gustavo Madero. Temores de que sean fusilados el Presidente y el Vicepresidente presos. El Ministro de Cuba inicia sus gestiones por la vida del Presidente Madero. Nota privada al embajador. Los padres de Madero acuden a los buenos oficios del Cuerpo Diplomático. Los ministros de España y Cuba en Palacio. Madero y Pino Suárez renuncian y deciden embarcar en el crucero "Cuba." El Ministro de Cuba en la Intendencia. Pesimismo del general Angeles.

La noche del 18 de febrero, fué noche muy triste para quienes, amando profundamente a la patria mexicana, comprendieron que era presa del furor de la ambición. Y a las diez de la mañana del día 19, salí de casa para observar el aspecto de la ciudad, el ánimo del pueblo y el cariz que presentaba la dolorosa situación. Atravesé, en coche, la Avenida de San Francisco (el bulevar mexicano) y las aceras o las banquetas, como allá se dice, no daban abasto a las damas y caballeros de todos tipos y estilos, que circulaban entre sonrientes y azorados, entre placenteros y compungidos. Como yo, también las gentes iban a caza de noticias y, formando grupos, comentaban sus impresiones, caso de ser favorables al abrazo moral de Huerta y Félix Díaz, que el abrazo material el pueblo soberano acaso lo ignore todavía. Al cabo de algunas vueltas del Zócalo a la Alameda, donde parecía acongojado el rostro de la estatua de Benito Juárez, detuve el coche en un establecimiento de tabacos, y saltando del estribo a la ancha puerta, me dirigí al mostrador de cristales. A ún lado hablaban en tono grave unas cuantas personas, y al otro un señor de mi amistad, escucha con gesto solemne. De pronto el que llevaba la voz cantante me dice:

—Señor ministro: ¿ya sabe usted lo que pasa?

Reconocí, en seguida, al súbdito alemán que a guisa de mensajero de Félix Díaz, llevara, al Cuerpo Diplomático, ciertas proposiciones que no fueron oídas. Continuó:

—Ayer fusilaron a "Ojo Parado" (el apodo con que sus enemigos distinguían a Gustavo Madero) y hoy mismo fusilarán también al Presidente.....

Aquellas palabras, pronunciadas con cierto cinismo, me produjeron una sensación helada que recorrió toda mi piel..... Al salir, el amigo silencioso me detuvo con esta queja:

—¡Oh, señor ministro, fusilarán a don Pancho, son capaces de todo!

—No haga usted caso—le contesté:—lo que ese hombre dice es inverosímil.....

—Aquí, desgraciadamente, lo inverosímil sería lo contrario, ministro. Me consta que a don Gustavo lo asesinaron ayer, sometiéndole an-

tes a horrible tormento..... y si ustedes los diplomáticos no lo impiden, correrá la misma suerte el Presidente.....

Fuí a responderle, pero se ahogaron las palabras en mi garganta...

—¡No hay tiempo que perder, ministro, tome usted la iniciativa!

Y después de meditarlo un instante, respondí:

—Esa iniciativa corresponde al embajador, que es hoy la más poderosa influencia.

—Tómela usted, ministro, sólo usted.... —afirmó mi amigo y con un apretón de manos, más afectuoso que nunca, nos despedimos.

¡Costaba trabajo convencerse de que no era aquello la ficción de una pesadilla!

Y subiendo al carruaje, ordené al cochero que me llevase a "mi" legación.

Frente al monumento de Juárez, de regreso, más contristado que a la ida, tropecé con el ministro Z que me detuvo.

—¿Sabe usted algo?—pregunté.

—Sí..... lo que sabe todo el mundo. Que han matado a Gustavo Madero y que.... probablemente, matarán también a su hermano...

—¡Eso sería espantoso!—respondí.—¿No cree usted que podríamos proteger la vida del Presidente?

—Los intereses de partido harán necesaria su muerte....

—Pero los intereses de la humanidad, que son más elevados, exigirán que su vida sea respetada....

—Si el embajador quisiera....

Yo:—¡Querrá!

EL MINISTRO Z:—¡O no querrá!

Al llegar a mi residencia, profunda agitación me impulsaba. Aquellas palabras: «No hay tiempo que perder» vibraban en mi mente: y juzgué abominable cobardía cruzarme de brazos ante la presa desgarrada. Hice, entonces lo más cuerdo, lo más sensato: comunicar al embajador mis informes, invitarlo a que fuera suya «la iniciativa», si mía, débil e ineficaz; brindarle el crucero "Cuba," surto en el puerto de Veracruz, para el caso, a mi entender probable de que se acordara, con los jefes del golpe de estado, expatriar al señor Madero. Y escribí en un segundo esta «nota privada» que, momentos después, recibía Mr. Wilson:

«Legación de Cuba.—México, febrero 19 de 1913.—Señor Embajador: Circulan rumores alarmantes respecto al peligro que corre la vida del señor Francisco I. Madero, Presidente de la República Mexicana, derrocado por la revolución y prisionero del señor general Huerta.

Inspirado por un sentimiento de humanidad me permito sugerir al

Vuestra Excelencia la idea de que el Cuerpo Diplomático, de que Vuestra Excelencia es dignísimo Decano, tomara la honrosa iniciativa de solicitar de los jefes de la revolución medidas rápidas y eficaces, tendentes a evitar el sacrificio inútil de la existencia del señor Madero.

Me permito rogar a Vuestra Excelencia, que disponga del crucero «Cuba,» anclado en el puerto de Veracruz, por si la mejor medida fuese sacar del país al señor Madero; y, asimismo, que cuente con mis humildes servicios para todo lo relativo a dar asilo en dicho crucero al infortunado Presidente preso.

Seguro de que participa Vuestra Excelencia del mismo anhelo que yo, propio de hombres nacidos en el suelo de América, reitero a Vuestra Excelencia mi más alta consideración.

M. MÁRQUEZ STERLING.

A su Excelencia el señor Henry Lane Wilson, Embajador de los Estados Unidos de América, Decano del Honorable Cuerpo Diplomático, etc., etc.»

Claro que no aludí al señor Pino Suárez porque lo hacía a salvo de todo riesgo.

En seguida me dirigí a la legación japonesa donde se hallaba refugiada la familia del presidente cautivo. En una pequeña sala interior, amueblada con el exquisito gusto de Mme. Hurigutchi, la esposa del encargado de negocios, recibían los padres y hermanas del señor Madero la visita de algunos fieles amigos, y la de varios diplomáticos. Al verme, el señor Madero, padre, salió a mi encuentro:

—¡Qué le parece, ministro!..... ¡Yo nunca tuve confianza en Huerta!

Advertí que ignoraba el asesinato de don Gustavo y expresé el sentimiento que me causaban sus tribulaciones. Y como al cabo de breves minutos, se retiraran las demás visitas, el señor Madero me rogó, porque así lo querían él y su esposa, que presentara, a nombre de ellos, una petición al Cuerpo Diplomático.

—El señor Hurigutchi acompañará a usted. Les quedaremos eternamente agradecidos.

Y el señor Madero me entregó un documento concebido así:

«Al Honorable Cuerpo Diplomático residente en esta Capital.—Señores Ministros: Los que suscribimos, padres de los señores Francisco I. Madero, Presidente de la República Mexicana, y Gustavo A. Madero, diputado al Congreso de la Unión, venimos a suplicar a Vuestras Excelencias que interpongan sus buenos oficios, ante los jefes del movimiento que los tiene presos, a fin de que les garanticen la vida; y,

asimismo, hacemos extensiva esta súplica en favor del Vicepresidente de la República, señor J. M. Pino Suárez, y demás compañeros.

Anticipando a Vuestras Excelencias nuestras más sinceras demostraciones de profundísimo reconocimiento y el de los demás allegados y parientes de los prisioneros, quedamos con la mayor consideración de Vuestras Excelencias, atentos y seguros servidores,

FRANCISCO MADERO.—MERCEDES G. DE MADERO.

México, 19 de febrero de 1913.»

En la embajada estaban, con Mr. Wilson, el ministro inglés, el de España y el encargado de negocios de Austria-Hungría, un joven de gran entendimiento. Al exponer al embajador el asunto que llevábamos, no pudo reprimir una mueca de cólera..... Tomó el pliego que le entregué, y después de leerlo, contestó que se oponía a que el Cuerpo Diplomático acordara nada.

—¡Eso es imposible!—me dijo, en el mismo lugar donde la víspera se abrazaron Huerta y Félix Díaz. Y reflexionándolo mejor, o intentando «recoger la mueca,» añadió:—¿Por qué ustedes no le piden directamente al general Huerta un trato benigno para los prisioneros?—Y volviéndose al de España:—Usted y el señor ministro de Cuba podrían ir a Palacio y entrevistarse con el mismo Huerta, hablando en nombre de cada uno de los ministros, pero no en nombre del Cuerpo Diplomático.

El señor Cologan, excelente persona, y dispuesto siempre a secundar a su colega yanqui, accedió, y nos pusimos en camino.

Bajo la bandera cubana, y en mi automóvil, que volaba manejado por manos cubanas, fué cosa de un abrir y cerrar de ojos el vernos frente al Palacio, entre la turba de curiosos y los pelotones de soldados. Un oficial nos condujo al entresuelo y nos hizo pasar a la sala donde veríamos al general Blanquet, héroe de la jornada, que recibía, por coincidencia, al ministro de Chile, señor Hevia Riquelme. Blanquet nos acogió amablemente y el señor Cologan hizo uso de la palabra, explicando el objeto de nuestra misión. El chileno sonreía y Blanquet, hombre de aspecto rudo, pero no desagradable, afectaba tranquilidad de espíritu y..... de conciencia. «¿Correr peligro la vida del señor Madero? ¡Qué absurdo! El presidente, en un principio, se negó a renunciar y esto complicaba el caso; pero cedió, al fin, a la razón.»

El ministro de Chile confirmó las palabras de Blanquet y quedamos enterados de que se habían séria y definitivamente estipulado estas bases:

1ª Respetar el orden constitucional de los Estados, debiendo permanecer en sus puestos los gobernadores existentes; 2ª No se molestaría a los amigos del señor Madero por motivos políticos; 3ª El mismo se-

ñor Madero, junto con su hermano Gustavo, el licenciado Pino Suárez y el general Angeles, todos con sus respectivas familias, serían conducidos, esa misma noche del día 19, y en condiciones de completa seguridad, en un tren especial a Veracruz, para embarcarse, en seguida, al extranjero; y 4ª Los acompañarían, en su viaje al puerto, varios señores ministros extranjeros, quienes rebirían el pliego conteniendo la renuncia del presidente y del vicepresidente, a cambio de una carta en que el general Huerta aceptara estas condiciones y ofreciera cumplirlas.

—Los señores Madero y Pino Suárez firmaron ya la dimisión que fué entregada al ministro de relaciones exteriores—dijo el señor Hevia—y aguardan por la carta del general Huerta. —Y mirando a Blanquet preguntó: «¿Está hecha la carta?» Blanquet, con su habitual tranquilidad, pidió informes a un ayudante que nada sabía.

—Estarán escribiéndola en máquina—dijo Blanquet;—y giró entonces la conversación sobre el buque mercante o de guerra en que los prisioneros embarcarían.

—El crucero «Cuba» es el más indicado—convinimos todos.—Y si ustedes no piensan otra cosa—añadió Blanquet—sería bueno que conferenciasen con el general Huerta.....

Introducidos cortesmente por uno de los oficiales del estado mayor, nos encontramos en el salón de «acuerdos,» en donde mismo fué depuesto el gobierno del señor Madero. El oficial se perdió detrás de una cortina y se acercaron a saludarnos algunos personajes, entre los cuales era uno Rodolfo Reyes.

—¿Firmó Madero la renuncia?—nos preguntaron. El chileno respondió afirmativamente. Y los personajes dieron rienda suelta a su alegría mientras Rodolfo Reyes enseñaba los estragos de las balas en los adornos del salón. El oficial reapareció comunicándonos que el general Huerta dormía. Y resolvimos ir a la intendencia de palacio a ver a los vencidos. El mismo oficial nos condujo hasta la puerta. Pino Suárez, escribía en un bufete rodeado de soldados. En un cuarto contiguo, varias personas, en estrado, acompañaban a Madero, que, al vernos, desde el fondo se adelantó hasta el centinela.

—Señores ministros, pasen ustedes—exclamó, bañado de júbilo el semblante. Y nos estrechó las manos con efusión. El de España ocupó su derecha y yo la derecha del señor Cologan.

—Estoy muy agradecido a las gestiones de ustedes—y señalándome añadió:—Y acepto el ofrecimiento del crucero «Cuba» para embarcar. Es un país la Gran Antilla, por el que tengo profunda simpatía. Entre un buque yanqui y uno cubano, me decido por el cubano.—De allí surgió el compromiso—para mí muy honroso—de llevar al señor Ma-

dero en automóvil a la estación del ferrocarril y de allí acompañarle a Veracruz.

Pregunté la hora de salida.

—A las diez;—respondió el presidente—pero si es posible venga usted a Palacio a las ocho. Podría ocurrir algún inconveniente, y estando usted aquí le sería fácil subsanarlo.

¿Qué duda cabía de que Madero y Pino Suárez no correrían la suerte de Gustavo?

Cumpliendo mi promesa, a las ocho entraba en el despacho de Blanquet.

—Usted puede entrar solo y cuando guste a la intendencia—me dijo el general. Además, hay orden de permitir la entrada libre a cuantos deseen despedirse del señor Madero.

Sin embargo, juzgué prudente que me acompañase un oficial, evitando así, cualquiera pérvida interpretación. Blanquet me proporcionó un oficial amable y simpático. Era cubano. Su apellido: Piñeyro. Su grado: capitán. Pronto lo ascenderán a Comandante.

—Es usted hombre de palabra—exclamó Madero al recibirme—y ministro que honra a su nación.

El ambiente era «franco.» Nada hacía presentir la catástrofe. Echado en un sillón, el general Angeles, que no quiso incorporarse al golpe de Huerta, y le tenían por su lealtad encerrado, sonreía con tristeza. Es hombre de porte distinguido; alto, delgado, sereno; ojos grandes expresivos; fisonomía inteligente y finas maneras. Acababa de cambiarse la ropa de campaña por el traje de paisano. Era el único de todos los presentes, que no formaba castillos de naipes, en la esperanza ilusoria del viaje a Cuba. Una hora después nos declaraba en lenguaje militar la sospecha de un horrible desenlace.

—A don Pancho lo truenau.....

III

La Intendencia de Palacio. El espejo siniestro. Lascuráin presenta al Congreso la renuncia de los caídos. Las gestiones de don Ernesto Madero. Los prisioneros piden al Ministro de Cuba que no les deje solos. Un retrato de Madero.

Componían la intendencia tres habitaciones grandes y una chica. La primera, depósito de trastos, servía de comedor a los cautivos. La segunda por la cual se comunicaba todo el departamento con el patio, y era sin duda, el despacho del intendente, fusilado la víspera, la invadían uniformes, fusiles y sables. En la puerta que daba al exterior, un grupo de soldados charla su jerga, comiendo tortillas de maíz, que unas cuantas mestizas de pelo lacio y salientes pómulos cocinan y sirven a la

mano; en la puerta de la derecha, el centinela bayoneta calada, parece una estampa de cartón. Esa puerta da acceso a una sala modestamente amueblada, en la que reciben sus visitas los tres caídos. En el último cuarto, el más reducido, tenía su tocador el intendente. Un gran espejo se veía desde fuera. En él, se miraban el rostro las víctimas y, después, perecían en la emboscada. Se despedían de sí mismas en aquel espejo siniestro. Y al irse del marco de coaba, tardaban instantes en traspasar, para siempre, el marco de lágrimas de la vida..... En el centro de la sala, una mesa de mármol; y sobre ella varios retratos del presidente. Forman el estrado, a la derecha del centinela, seis butacas de piel oscura y un sofá. Varias sillas, del mismo estilo, regadas a lo lar-



Soldados del 29º batallón custodiando a los señores Madero y Pino Suárez presos en una dependencia del Palacio Nacional.

go de las paredes. En el fondo una ventana herméticamente cerrada, y delante de la ventana, el «bureau de lujo» del intendente.

Madero me hizo sentar en el sofá y a mi izquierda ocupó un sillón. Pequeño de estatura, complexión robusta, ni gordo ni delgado, el presidente rebosaba juventud. Se movía con ligereza, sacudido por los nervios; y los ojos redondos y pardos brillaban con simpático fulgor. Redonda la cara, gruesas las facciones, tupida y negra la barba, cortada en ángulo, sonreía con indulgencia y con dignidad. Reflejaba en el semblante sus pensamientos que buscaban, de continuo, medios diversos de expresión. Según piensa, habla o calla, camina o se detiene, escucha o